

Mis vacaciones en Chaguanqueira

El verano pasado, como todos los veranos desde que he nacido, me fui a pasar las vacaciones con mis abuelos que viven en una granja muy bonita. Esta se halla en una aldea gallega, llamada Chaguanqueira, y está rodeada de montes en los que crecen la retama, el brezo, el tojo y la carqueisa y en los que abundan los bosques de castaños y de robles. Es un sitio ideal para que jueguen los niños libremente mientras que los adultos se olvidan del estrés de la ciudad.

Chaguanqueira es el lugar donde nacieron mis bisabuelos, mis abuelos y mi madre. Pero no siempre vivieron allí. Hubo un tiempo, en el que tuvieron que abandonar el pueblo para ganarse la vida en una ciudad extranjera. Tan pronto como pudieron, dos décadas más tarde, regresaron, compraron tierras y construyeron esta preciosa granja adonde acudo todos los años desde Berlín, la ciudad donde vivo el resto del año con mis padres y hermana.

Por las mañanas, si conseguía levantarme temprano, me podía ir con mi abuelo a llevar la burra a pastar a algún prado cercano. De vez en cuando nos encontrábamos con otros campesinos que iban camino de sus tierras a regar sus patatas. Este año no estaban tan buenas por la sequía. De vuelta a casa, me ponía a jugar con mi hermana y con mis primos al pilla-pilla o al “câche câche”, como le llamaban ellos, ya que son franceses, de París. Sus abuelos, es decir, mis tíos abuelos, no regresaron de la emigración. Se establecieron en el extranjero y sus hijos se olvidaron del gallego. Así nuestros juegos son plurilingües: castellano, alemán, gallego y francés. Aunque debo admitir que al no hablar las mismas lenguas no siempre nos entendemos.

Después de jugar en varias lenguas solíamos irnos de paseo con Lúa, que significa Luna en gallego, y es una perra muy fiel y juguetona. También jugábamos con los gatos. Los vecinos tenían gatitos bebés y nos regalaron uno chiquitín. Le bautizamos con el nombre de Miu. Tenía el pelo blanco con puntos rojizos. Se quedó a vivir en la casa de mis abuelos. Al principio le costó acostumbrarse a la perra pero pronto pudieron convivir sin problemas.

A mediodía disfrutábamos de las comidas de mi abuela como de la paella, del caldo gallego, de la empanada, de la ensalada rusa, del chorizo y salchichón, fabricados en casa por mis abuelos, de patatas fritas, etc. La verdura, la ensalada y la fruta las sacaba de la huerta, pero a veces también teníamos que ir al *comercio* de la aldea, al “Rubio”, a comprar otros productos. Es una tienda diminuta que encierra todo un centro comercial: carnicería, frutería, zapatería, droguería, ferretería, correos, Lo lleva una de las familias más ricas del pueblo que también tiene una enorme manada de vacas.

Después de la comida, durante la hora de la siesta me retiraba a leer o a practicar algunas asignaturas como castellano, matemáticas y alemán. Por la tarde a veces ayudaba a mi abuela en la huerta y a limpiar el gallinero. Luego, si era un día muy caliente solíamos ir a la piscina descubierta de la aldea vecina, A Merca. Es la piscina del ayuntamiento. La construyeron para todas las aldeas de los alrededores. Allí se reunían siempre los jóvenes para pasárselo bien. Desde hace unos años en A Merca también hay una biblioteca, el lugar perfecto donde esperar a mis padres mientras estos se van de compras o adonde Toña, la peluquera, a arreglarse el pelo. Parece que corta mejor que las peluqueras berlinesas.

La biblioteca es chiquitina pero muy acogedora, no tiene muchos libros y la mayoría están escritos en gallego. Sin embargo, me gusta mucho. También hay internet y hojas para colorear. La secretaria es muy simpática. Le suele ayudar con los deberes a los niños y les enseña a manejar las diferentes enciclopedias.

Otras veces, una o dos, nos íbamos a un lago glaciar muy impresionante. Nos zambullíamos con mucho gusto en el agua fría y nos calentábamos y secábamos al sol. Al atardecer, solíamos subir a las sierras zamoranas que albergan varios lagos. En ellas pacen los caballos salvajes y a lo lejos se adivinan los rebaños de ovejas de trashumancia. Parecen mantas blancas. No se distinguen pero se oyen los cencerros.

Algunas tardes nos fuimos a bañar a Hermisende, a un arroyo emocionante con cataratas y rocas puntiagudas. Era divertido hacerse casitas en los islotes cerca de la orilla o ducharse con los chorros de las cataratas.

Por la noche me quedaba mucho tiempo despierta, ya que cenábamos tarde y mi abuelo nos solía contar en mitad gallego- mitad castellano historias de su niñez y juventud o anécdotas de la aldea. Trataban sobre todo de lobos y de contrabando. Una de mis historias preferidas era del lobo que le muerde en una nalga al pastor sordo. Hay algunas más tristes, como aquella del lobo que le arrebató la perrita a mi abuelo y se la come.

En otras veladas, mi primo nos tocaba la gaita y mi prima le acompañaba con la pandereta o al revés, y cuando estaba uno de mis tíos abuelos se ponían a cantar y a bailar. El que no conocía el baile les seguía el ritmo con el pie hasta que aprendía también. ¡Siempre me ha gustado estas reuniones familiares!

Ya estoy contando los días hasta las próximas vacaciones de verano para volver a Chaguanqueira!!!.

“Alumbre”